

¿Qué hay detrás del rostro de cada desocupado?

Hoy nos encontramos con la necesidad de crear una convergencia entre eficacia y equidad. La cuestión central de la equidad pasa en gran medida por dar respuesta al desempleo.

La flexibilización laboral, como estrategia para generar empleo, no es real, sólo logra bajar los costos del recurso humano, genera mayor incertidumbre y desprotección en las personas que trabajan y, en última instancia hace que la gente vaya preparándose para vivir sin empleo y considerar esta situación como algo natural y a la vez disciplinador.

O sea, dentro del universo del trabajo encontramos la precarización del mismo con el consecuente crecimiento de la vulnerabilidad de los trabajadores y en especial de los trabajadores desocupados.

A estos últimos se los puede caracterizar en cinco categorías (1).

- **Desocupación abierta:** corresponde a las personas que no tienen ocupación y buscan empleo.

- **Desempleo oculto:** son los desahuciados por no encontrar trabajo, pero volverían a emplearse si cambiaran las condiciones o posibilidades laborales.

- **Subocupados demandantes:** trabajan menos de 35 horas, desean trabajar más horas y no lo consiguen.

- **Subocupados no demandantes:** trabajan menos de 35 horas, desearían más pero no buscan trabajo.

La suma de estas cuatro franjas superan el 30% de la población económicamente activa. Representan 4 millones 300 mil personas.

Ocupación disfrazada: personas que están trabajando en empleos precarios, promovidos por el Ministerio de Trabajo, menos de tres meses y por un salario no superior a los \$200.- (en 1995 englobó a 570 mil personas).

Históricamente las conquistas laborales (respeto por el salario, obras sociales y acceso a lo previsional, protección del horario de trabajo y descanso, vacaciones pagas, etc.) han sido fruto de la acción mancomunada de los trabajadores en la lucha por su dignificación. Ese colectivo laboral está conformado por tres instituciones: el sindicato, el derecho de huelga y las convenciones colectivas.

Más allá de la particular situación por

la que atraviesan estas instituciones actualmente, si los trabajadores se encuentran en situaciones de precariedad cuánto más aún los desocupados, que no son contenidos ni organizados por ninguna institución social.

(1) Daniel Munichnik, Clarín, 14 de junio de 1996.

¿Qué hay detrás del rostro de cada desocupado?

Al perder el empleo, muchas personas pasan por tres etapas:

1. Una muy poco duradera: sensación de vacaciones.
2. Toma de conciencia y angustia.
3. Depresión y resignación, pérdida del control en la organización de los tiempos.

El desempleado piensa que ya no es útil para los demás, por eso se aísla. La negatividad disminuye la posibilidad de conseguir trabajo. En las entrevistas, la mayor parte de quienes buscan trabajo demuestran su depresión y su cansancio y las empresas son cada vez más exigentes en sus requerimientos.

Considerando el trabajo como una instancia primordial de relación entre el individuo y la sociedad, además de un soporte fundamental de la propia identidad, la alienación sería reflejada a través de las siguientes vivencias:

Impotencia individual: el individuo siente que no tiene más control sobre su propia vida y no está en sus manos la posibilidad de decidir su futuro. El desamparo, la vivencia de vulnerabilidad y la percepción de la fragilidad personal, caracterizan esta experiencia de impotencia frente al desempleo de larga data.

Sensación de carencia de sentido de la vida.

Ausencia de normas: la persona no encuentra puntos de referencia a partir de los cuales realizar una programación de actividades. Surge una sensación que todo falla. Predominan los sentimientos de desprotección, desconfianza y frustración.

Distanciamiento cultural: el individuo percibe las diferencias entre su propia realidad y la descripción de una realidad sucedida, proyectada y sancionada por los medios de comunicación de masas y otros aparatos ideológicos del Estado. No hay vinculación

entre su ser individual y su ser social. Desaparece la sensación de ser parte, de pertenecer a un grupo.

Auto distanciamiento: la persona toma conciencia de la diferencia entre una imagen ideal que tenía de sí misma y su ser real. Surgen sentimientos de inferioridad y despersonalización.

Aislamiento social: el individuo se siente solo, abandonado, excluido.

El dolor y la frustración ocasionados por la impotencia frente a la situación de desempleo, al no poder plantearse una lucha eficaz, conducirán a ataques dirigidos contra la propia familia, o también a auto agresión. A veces manifiesta en enfermedades psicósomáticas o comportamientos depresivos.

El desempleo prolongado va generando una serie de condiciones que alteran el modo de vida del grupo familiar. Surge una inestabilidad emocional, ocurren acusaciones recíprocas entre los cónyuges, uno exige al otro más de lo que le puede ser dado. Las carencias se van tornando acumulativas, cada vez que para comer se torna necesario vender o empeñar objetos, o que va quedando reducido el mundo de cosas que compone el hogar. Lo que resta va siendo marcado por la pobreza, ropa pobre, casa pobre, comida pobre, lo que va estructurando una identidad de persona desvalorizada, y más aún en una sociedad que mide a sus individuos por su poder adquisitivo y su capacidad de consumo.

La reacción frente a los conflictos con la mujer y los hijos, puede desencadenar respuestas desproporcionadamente violentas en el hombre jefe de familia. Las mujeres en cambio, se van tornando amargas, duras, irritadizas, por este sostén que falta, por esta frustración permanente. Las etapas de maduración de los hijos infantes en adolescentes se transforman, por lo que los padres no pueden aportar un apoyo sólido, en algunos casos son los hijos los que deben soportar o fortalecer a los progenitores inhibiendo demandas reales y propias de su edad. Así las interrelaciones familiares comienzan a caracterizarse por una inestabilidad, por el deterioro y la tergiversación de roles y la rabia.

Marilyn Martín
Rubén Layún

Alberto Vanden Panhuysen